Revista SABC

ENTREVISTA A DIEGO MONTÓN
SECRETARIO DE CLOC-VÍA CAMPESINA Y MIEMBRO DEL MOVIMIENTO NACIONAL CAMPESINO INDÍGENA DE ARGENTINA (MNCI)

«Estamos padeciendo una violencia y una persecución nunca antes vivida en el campo»

Las noticias que llegan últimamente desde América Latina muestran un preocupante auge de gobiernos de extrema derecha, procesos judiciales contra políticos progresistas y un aumento de la violencia en las calles. Sabiendo la complejidad que entrañan estos procesos regionales, hemos querido empezar preguntando a los movimientos campesinos su punto de vista sobre esta situación.

En los últimos años, estamos observando una ofensiva contra los gobiernos progresistas de América Latina. ¿A qué se debe?

Hay que reconocer que una de las razones se corresponde con el agotamiento de la propuesta político-económica imperante durante el auge de gobiernos progresistas, lo que llamamos, para simplificar, políticas de neodesarrollismo. Fue un modelo que no terminó de profundizar en los cambios estructurales que necesita nuestro continente para poder desarrollar su vida con soberanía y autonomía, y eso fracturó lo que en general eran coaliciones de gobiernos progresistas de la región que plantearon una alianza de clase. La crisis de 2008 debilitó muchos de estos procesos, que quizá no se habían terminado tampoco de consolidar con el acompañamiento y movilización que requería esa nueva etapa.

Una de las características que tuvo ese planteamiento del neodesarrollismo fue justamente conservar al agronegocio como una pata importante de la dinámica económica y financiera de la región. Eso fue provocado también por los altos precios que tuvieron los *commodities*, que fueron inyecciones de dólares para todas nuestras economías emergentes, pero sin duda marcó la debilidad del proceso y en el campo lo sentimos con fuerza. A pesar de todas las críticas que hicimos de no haber resuelto la cuestión de la tierra ni haber planteado la soberanía alimentaria como un pilar del proceso de unidad democrática latinoamericana, hoy estamos padeciendo una violencia y una persecución nunca antes vivida en el campo.

Cooperativa Las Diosas, en Esteli, Nicaragua, que agrupa a 1500 mujeres víctimas de la violencia machista. Exposición «We Feed the World». Foto: Susana Meiselas

¿Cómo veis desde la CLOC el panorama político de la región?

Es evidente que existe una clara contraofensiva del imperialismo norteamericano, con una estrategia que se ha ido multiplicando en distintos puntos de América Latina. Los grandes medios de comunicación han sido herramientas para deslegitimar y perseguir a distintos líderes políticos y sociales, instalando mentiras como si fueran verdades (la famosa posverdad). Han sido muchos los liderazgos afectados, pero cabe destacar a Rafael Correa, a Lula y a Cristina Fernández de Kirchner, por lo que implica de daño democrático sacar de la escena a dirigentes con un amplio electorado.

¿Esa violencia está relacionada con los intereses en el control sobre vuestros bienes naturales? ¿Por parte de los grandes poderes locales o también por intereses de EE. UU.?

Sí, sin ninguna duda, esa es la segunda de las razones de la ofensiva. Hay un escenario de disputa de los bienes comunes por parte del capital financiero internacional. La retirada del estado nacional agudiza todo esto ya que, de alguna manera, en los casos de gobiernos más progresistas, como Argentina, lograba ser un actor de regulación. Aunque el agronegocio continuaba siendo un factor importante de la economía, el estado generó múltiples herramientas para garantizar la vida y promover la agricultura campesina. Ahora, sin embargo, los gobiernos están directamente controlados por representantes de empresas subordinadas al capital extranjero y, fundamentalmente, a la estrategia de las embajadas gringas asociadas a las políticas que el FMI va planteando. En el caso de Argentina, puedo decir que son de total subordinación a todos los niveles.

Es evidente el claro objetivo estratégico de EE. UU. de subordinar no solo los bienes naturales, sino varias dimensiones de la economía a empresas norteamericanas, por ejemplo, las obras públicas. Por eso, esta ofensiva no solo la padecemos la clase trabajadora y el campesinado, sino también un sector del empresariado nacional que está siendo hostigado para replegarse y dejar avanzar a las empresas norteamericanas. Y, por supuesto, tiene mucho que ver con el papel de China, con quien nuestro intercambio comercial venía creciendo. En el sur de Argentina había una base de investigación tecnológica china y EE. UU. ha colocado una base militar muy cerca, lo que muestra un ejemplo de la situación.

Y con respecto a las políticas agrarias, ¿estáis ya sintiendo esos cambios?, ¿hay ejemplos concretos de cómo desaparece este apoyo a la agroecología?

Sí, en primer lugar, hay una clara ofensiva contra la agricultura campesina y familiar asociada a su estigmatización, que presenta al campesino como un sujeto no productivo y atrasado. Y, en segundo lugar, claro, un cambio en las políticas. Yo puedo hablar con detalle del caso de Argentina. Lo primero que hizo el gobierno de Macri fue retirar todos los impuestos a la exportación de commodities. La soja, por ejemplo, con el Gobierno de Kirchner pagaba el 40 % en la exportación y suponía un ingreso importante para el estado. Macri lo ha bajado hasta el 25 % y no lo ha bajado más porque fue el propio FMI quien lo impidió, ya que no iba a haber cómo pagar los intereses de la deuda en ese caso. Teníamos una secretaría de estado de agricultura familiar y pasó a ser una dirección: han despedido a más de 500 técnicos de esa secretaría. También desapareció la dirección

que atendía la conflictividad de tierra, sumado a que había una ley que limitaba la extranjerización de la tierra y ahora ha sido modificada para facilitarla. Había una herramienta fundamental que era el monotributo social agropecuario, una forma de facturar para el campesinado y una obra social para la salud, y eso también se dio de baja… Por un lado, han eliminado las herramientas con las que las organizaciones podíamos hacer frente a las situaciones duras y, por otro, han facilitado que vengan capitales extranjeros a apropiarse de la tierra. Hoy, en la región, la prioridad es recuperar la democracia para poder continuar la lucha por la soberanía alimentaria.

Ante esta situación ¿qué estrategias tenéis como movimientos campesinos?

Bueno, en alianza con movimientos de trabajadores y mujeres, estamos tratando de fortalecer los lazos de solidaridad en los distintos escenarios donde ha habido más violencia, para intentar disminuir la impunidad. La mayoría de estas situaciones no se ven en los medios de comunicación, como ocurre en Venezuela, donde se ha asesinado a campesinos y hay paramilitares asociados a toda la injerencia que se promueve desde EE. UU. En Colombia tenemos un triste récord de dirigentes campesinos asesinados en el marco de unos acuerdos de paz que están muy lejos de cumplirse.

Algo muy destacable es que estamos fortaleciendo el proceso de declaración de los derechos campesinos como una herramienta para visibilizar este contexto y, además, aprovecharlo para hacer autocrítica de esos procesos progresistas truncados y plantear los horizontes hacia donde tendría que ir la política pública en el marco de la agricultura familiar y del campo. Todo el movimiento campesino está esperanzado con la aprobación de la Carta de los Derechos Campesinos en Naciones Unidas. Hemos profundizado también el esquema de formación política y técnica, mejorando la red de escuelas de agroecología y los institutos agroecológicos latinoamericanos (IALA), con una serie de encuentros de formación que van fortaleciendo la lucha en cada uno de los países. Y seguimos con campañas importantes. Debido a las leyes de privatización de semillas que las corporaciones demandan, hay un eje fuerte que vuelve sobre la región: el de la defensa de las semillas criollas. Y está emergiendo con mucha fuerza en la región el movimiento de mujeres. En la CLOC-LVC estamos discutiendo sobre lo que significa el patriarcado y los desafíos que tenemos como movimiento campesino, debatiendo sobre el feminismo campesino y popular como pilar ideológico del movimiento.

En esa situación que hemos dibujado, ¿qué papel puede desempeñar Bolivia donde queda aún un gobierno progresista?

Bolivia es un faro muy importante que en la región está muy presente, no solo porque se mantiene firme en el proceso, sino porque sigue firme su dignidad, y lo vimos en la última asamblea general de la ONU, donde Evo Morales le dijo varias cosas a la cara a Trump. Pero también porque tiene una economía en crecimiento que, con todas sus contradicciones, ha demostrado que la nacionalización de los bienes naturales, del gas, recoge sus frutos con otra forma de mirar a la madre tierra en función de sus elementos pluriculturales. Sin duda, Bolivia es muy importante y ha sido un motor, por ejemplo, en el proceso de ratificación de los derechos campesinos antes mencionado.

Aquí en Europa, y en concreto en el Estado español, también se dan muestras de debilidad democrática y reaparece la extrema derecha. A otra escala, pero no sentimos mucha distancia respecto a las regresiones de derechos en América Latina. ¿Cómo podemos reforzar estas alianzas con el sur de Europa?

Son tiempos en los que las batallas de ideas son fundamentales y por eso hay que insistir en que la soberanía alimentaria es una bandera más que importante para establecer alianzas y diálogo. Necesitamos que sea parte de las discusiones políticas a todos los niveles: el campo, las calles y las instituciones. La soberanía alimentaria es un camino hacia una sociedad con más paz, con diálogo, con solidaridad. Sabemos que la cosa está complicada en el sur de Europa. Todas las luchas contra el fascismo y el imperialismo están conectadas y ayudan a las luchas que se dan en el otro lado.

Revista SABC

ROSA LUXEMBURG STIFTUNG
OFICINA DE ENLACE MADRID

Este artículo cuenta con el apoyo de la Fundación Rosa Luxemburgo

Adrià Martín-Mayor, Gemma Flores-Pons, Patrícia Homs

EL CAMBIO DE ESCALA

El capitalismo avanza y la alimentación ecológica es un claro nicho de mercado. Esta situación amenaza lo que hemos construido desde el cooperativismo agroecológico y hace evidentes retos que necesitamos abordar. Hacer sostenible y extender el aprovisionamiento cooperativo de alimentos agroecológicos al conjunto de la sociedad pasa por escuchar las necesidades del momento actual y construir un cambio de escala.

Durante los últimos años, distintos proyectos agroecológicos de Catalunya, tanto de consumo como de producción, hemos ido compartiendo preguntas que nos inquietaban ante algunos problemas: ¿Por qué en los grupos de consumo han desaparecido las listas de espera? ¿Por qué las comandas de los grupos de consumo siguen siendo relativamente pequeñas? ¿Por qué las productoras siguen teniendo proyectos precarios y que requieren mucha dedicación? ¿Por qué hay poca diversidad en el seno de los grupos de consumo? ¿Por qué hay dificultades de articulación entre personas productoras, entre personas consumidoras y a la vez entre ambos grupos? ¿Se puede seguir expandiendo el consumo y la producción agroecológica con las dinámicas de organización y crecimiento que hemos replicado hasta ahora?

En este contexto, desde la cooperativa agroecológica L'Aresta decidimos, a finales de 2015[1], iniciar una pequeña investigación cualitativa con el objetivo de analizar la sostenibilidad del cooperativismo agroecológico[2] y explorar qué papel podía tener un aumento de escala dentro de los sistemas cooperativos de aprovisionamiento agroecológicos.

El cooperativismo agroecológico en Catalunya: una pincelada

La realidad que describimos de Catalunya seguramente es parecida a la del resto del Estado español. Hemos pasado de la docena de cooperativas y grupos de consumo agroecológico a principios del 2000 a las más de 160 repartidas por el territorio,[3] la mayoría de entre 15 y 30 unidades de consumo. El modelo predominante se ha basado en establecer relaciones directas con proyectos productivos que a menudo no están organizados entre sí. La mayoría de grupos no

1. Para este estudio hemos contado con el apoyo del *Ajut per a la realització de treballs de recerca en l'àmbit del cooperativisme* de la Fundación Roca Galès y la ACCID. Disponible en www.aresta.coop.

2. Hablamos de cooperativismo agroecológico para destacar el hecho cooperativo que caracteriza estos proyectos, a pesar de la baja presencia de la fórmula jurídica cooperativa. Nos permite visibilizar la intersección entre la agroecología y la economía social y solidaria, al mismo tiempo que recuperar el imaginario del cooperativismo obrero histórico para repensar cómo actualizamos las prácticas actuales a las necesidades y retos que están emergiendo.

3. Datos de 2015.